

# Memento Literario

---

## El Centenario de Alarcón.

El número del primer trimestre del presente año se dedicó íntegramente a la celebración del Centenario de D. José María de Pereda; así nos lo pedían muchísimas razones que fácilmente se alcanzarán al lector, y por este motivo no hemos dedicado aún el recuerdo debido a otro ilustre novelista, D. Pedro Antonio de Alarcón, cuyo primer Centenario se celebró el 10 de marzo de este año 1933.

Nuestro propósito al trazar estas líneas no es el estudiar la figura literaria del autor de «El Escándalo», sino el poner de manifiesto algunos de los recuerdos que del gran narrador se guardan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

En el mismo despacho del insigne polígrafo, que se conserva tal como él lo dejó a su muerte, se ve entre otros, no muchos, retratos que penden en los desnudos lienzos de la pared, uno que representa a varios miembros de la Unión Católica en grupo, y entre ellos a D. Pedro Antonio de Alarcón.

La fotografía, ya un poco amarillenta, debe datar, a juzgar por lo que nos dice el rostro aún muy joven del autor de *La Ciencia Española*, de los primeros años del mil ochocientos ochenta y tantos.

También se conservan algunas curiosas cartas de Alarcón a Menéndez Pelayo entre la copiosísima correspondencia de éste, y en las que se ve la admiración y cariño que por el sentía el novelista granadino.

He aquí una, curiosísima por el desenfado en que está escrita y las ponderaciones que en ella se hacen de las poesías de Menéndez Pelayo. Solamente reproducimos los párrafos pertinentes.

Marceluquísimo de todos los diablos: ¡Qué buenos ratos me han dado én mi enfermedad sus versos de V.! ¡Y qué bonito tomo! ¡Y qué Valera!

Volviendo a los versos en sí; me sé de memoria dos cosas de la *Galerna*, que me han hecho hasta llorar! La muerte del joven me ha entusiasmado. Hay allí una virilidad, a lo Tirteo, que eleva verdaderamente el alma. Lo de Horacio (*el libro viejo*) será siempre mi chochez.

.....  
Por un confidente he sabido que V. recela si yo le estaré queriendo menos de algún tiempo a esta parte... ¡No, hombre! ¡no es así!.. ¡Muy al contrario! ¡le estimo y quiero más que nunca!.. Pero ¡caray! absténgase V. de atrocidades como la de leyendario... ¡Si estoy allí aquella noche, le pego a V. Aprenda V. toda la lengua castellana que pueda, ¡pero no pretenda ser su ortopédico. Allá va el tricornio, con un abrazo de su tío,

*Pedro.*

De fecha anterior, y bien lo denota el tono menos familiar, es otra carta cuyo original consérvase también en esta Biblioteca, y en la que contesta Alarcón a una de Menéndez Pelayo, solicitando su voto para que le nombraran académico de la Lengua. Ambas han sido reproducidas en un artículo que el señor Martínez Kleiser dedicó, en A B C, al autor de «El Sombrero de tres picos», con motivo de este primer Centenario de su nacimiento. Dicen así:

«Mi apreciable amigo y señor: Supongo que estará V. veraneando; pero como no sé su paradero, envió esta carta a Madrid, para que desde allí se la remitan. Si no recuerdo mal, Valera le habló a V., tiempos atrás, del pensamiento de hacerme académico de la Española en la primera vacante, y usted se le mostró favorable. Ahora, con el fallecimiento de D. Juan Eugenio (q. s. g. h.), se presenta ocasión oportuna. Si no tiene usted algún compromiso anterior, me atrevo a suplicarle que me de su voto. Se lo agradecería de todas veras su afectísimo amigo, seguro servidor q. s. m. b.,

*M. Menéndez y Pelayo.»*

«Mi estimado amigo y dueño: Efectivamente; pareciome convenientísimo en varios sentidos el pensamiento de nuestro insigne Valera de llamar a usted a la Academia Española en la primera vacante, y para ello ofrecí, desde luego, mi pobre voto. Cuento usted, pues, con él incondicionalmente; pero nada me agradezca por mi cooperación a un acto en que tan gananciosa saldrá la Academia (muy necesitada de humanistas y literatos tan *de veras* como usted), y en que yo tendré la dicha de dar público testimonio de mi admiración a uno de los ingenios más extraordinarios e instruídos que han honrado a España, proporcionándome, al mismo tiempo, la gloria de llamarme, aunque indigno, su compañero y hermano. Salud y mande a su afectísimo amigo, seguro servidor q. s. m. b.,

*Pedro A. de Alarcón.»*

Los libros de Alarcón que en los estantes de esta Biblioteca se encuentran llevan todos expresiva dedicatoria del autor como obsequio y ofrenda de la obra.

En la portada de «El Sombrero de tres picos», a cuyo envío hace referencia la primera de las cartas que hemos transcrito, se lee la siguiente:

«A Marcelino Menéndez Pelayo, su entusiasta admirador y cariñoso amigo.

*P. A. de Alarcón.»*

A pesar de la gran diferencia de edad y de los veintitantos años de vida literaria que Alarcón, que dio a conocerse también en edad temprana como escritor, llevaba a Menéndez Pelayo, pedíale con frecuencia su opinión y juicio, a veces hasta de libros que no habían sido aún entregados a las prensas.

Tal era la admiración y alta estima en que aquel genio ya consagrado, y que tan grandes triunfos había conquistado como narrador insuperable de la guerra de Africa en el Diario de un testigo y como novelista después, tenía a Menéndez Pelayo.

También este hallaba bastante que admirar en el autor de «La Pródiga». «Yo, a lo menos, no encuentro qué reparar, le decía a su autor, refiriéndose a esta novela, y eso que por dar gusto a usted, lo he mirado y recapacitado despacio y concienzudamente».

## Salvador Rueda.

En su país natal, con tan brillantes colores descrito por su mágica pluma, ha muerto el poeta en cuyo cerebro había, en frase del P. Blanco García, «un ruiseñor de arpada lengua, que modula infatigable las armonías de nuestro clima meridional, y traduce en sonidos todas las excitaciones de la sensibilidad, todos los cambiantes del iris, toda la belleza atesorada en el cielo diáfano, en el paisaje seductor y en las costumbres de Andalucía».

En nosotros es obligado el recuerdo del inspirado vate malagueño, a más de por sus méritos literarios, por haber pertenecido al Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios y por la especial veneración que sentía por Menéndez Pelayo y por Pereda.

Acertadísima es la crítica que en cartas particulares hace el autor de «Peñas Arriba» de los libros de Rueda que éste le manda con toda diligencia y cariñosas dedicatorias, pidiéndole su opinión imparcial.

En carta de 27 de abril de 1886, después de darle las gracias por el envío de «El Patio Andaluz», añade Pereda estos párrafos interesantísimos para el estudio de la figura literaria de Salvador Rueda, y no despreciables tampoco por lo que a la del novelista montañés atañe:

«Raro es el español que, con aficiones literarias, no comienza sus ensayos metiendo la pluma en el cuadrado de costumbres. Tan fáciles y hacederas parecen estas obras de arte cuyos modelos se encuentran a cada paso abandonados, como quien dice, en mitad del arroyo. De aquí el sin número de *inventarios* insípidos e incoloros de cosas y personas y flaquezas que con el rótulo de cuadros de *costumbres* salen en libros y papeles, para tormento de lectores y desengaño de ilusos, y de aquí también el entusiasmo con que los apasionados como yo de ese difícilísimo ramo de nuestra literatura, señalamos con piedra blanca la aparición de un *pintor* de veras, como me lo ha parecido V. por la corrección del dibujo, la brillantez del colorido, el poder de observación y, sobre todo, por la galanura y donaire con que maneja la lengua castellana y la pliega y adapta a las exigencias artísticas del asunto.»

Más expresivo es aún el aplauso que Pereda tributa al autor de «La Reja», cuando recibe esta preciosa novela. La carta es de 13 de abril de 1890, y de ella entresacamos los siguientes párrafos:

«Devuelvo a V. por este mismo correo las capillas certificadas que recibí anteayer de su novela *La Reja*. Al remitírmelas con el fin de que yo conociera la obra antes que el público, deferencia que no sé como pagarle, quedaba usted pidiendo a Dios que el libro me gustara hasta el extremo de merecerme él solo los elogios que he hecho de algunos de sus hermanos mayores. ¡Lástima que el ruin objeto de su mal colocadas ambiciones no sea sorteable de la lotería de Navidad!, porque si lo fuera ya le había caído a V. el premio gordo. *La Reja* me gusta, y no así como quiera, sino mucho, muchísimo..., hasta en la sencillez de su trama, que permite recrear la atención, sin menoscabo del interés, en los hermosos fondos del cuadro, cuya riqueza de colorido en unas partes, y de *racional* y honda poesía en otras, no tienen precio.

Ni los personajes que allí se ven, ni el pleito que entre ellos se ventila, son cosa del otro jueves; pero el *aire de la casta*, el modo de *pleitear* de cada uno, el paisaje, el sol, el ambiente ora *terral*, ora salino en que los envuelve el pintor poeta; todo ello en conjunto y cada cosa de por sí, dando al cuadro verdadera realidad artística, es lo que levanta cien codos por encima de lo vulgar y de lo insignificante.»

Y por este estilo pudiéramos aducir otros muchos elogios y juicios certeros tomados de esta curiosísima correspondencia de Pereda con Rueda, que se conserva en la Biblioteca de Menéndez Pelayo: «En la paleta de V., le decía en carta del 6 de abril de 1887, hay colores para todo, hasta para el átomo, y lo que es más raro aún, para sus vibraciones». Juicios que Salvador Rueda sabía apreciar en todo su valor, pues tenían el prestigio no sólo de la gran autoridad literaria en estas cuestiones, del gran maestro de nuestra novela realista, sino también de su sinceridad y franqueza; que el elogio no fué incondicional y constante en los labios de Pereda, pues alguna vez hubo de mezclarlo también con la censura, como en aquella carta del 6 de abril de 1888, en que contestando a otra de Rueda en la que le anunciaba el envío de «El Gusano de Luz» y le expresaba su nerviosismo e intranquilidad por la crudeza de

algunas escenas de esta obra, le dice el novelista santanderino: «Creo que tiene V. sobrados motivos para estar «alarmado y febril con la obra», que también a mí me ha parecido «de una audacia inconcebible por el crasísimo realismo de algunas escenas».

Salvador Rueda, encariñado con el trato y la noble franqueza de Pereda, intima con él y le escribe no solamente para estos asuntos literarios sino contándole hasta sus preocupaciones y sentimientos íntimos. Su temperamento desbordado de poeta, su imaginación tan exuberante y meridional que a veces hasta le perjudica, le hacen pensar en las ideas más peregrinas, como aquella su obsesión de huir de los cementerios donde reina el silencio de los muertos y desear que le entierren en campo abierto donde se oigan los ruidos de la vida humana.

Es muy digna de reproducirse la carta en que Pereda, ya enfermo y amargado por desgracias familiares, contesta al poeta malagueño que tiene noticias de que el gran novelista se construye su última morada en el cementerio de Polanco, su pueblo natal.

«Me he enterado con suma extrañeza, le dice Pereda en carta de 26 de enero de 1901, de los motivos que le impulsan a V. a hacerme las preguntas que me hace en su carta del 19. Sólo como idea nacida en el cerebro exaltado de un poeta, puedo concebir esa preocupación que tanto le mortifica. Comprendo que el destino del alma le de a uno mucho que cavilar; pero el de su miserable envoltura que ha de reducirse a polvo!..

Cierto que el enterramiento destinado a la mía y a los de los míos está en alto, sobre el lomo de una ancha sierra; pero dentro del pobre y solitario cementerio de mi lugar nativo, y al amparo de la cruz, como cristiano viejo que soy. ¿Y dónde mejor y más a cubierto de todo linaje de profanaciones? Es ley ineludible que la carne mortal se pudra bajo el polvo de que procede; ¿pues qué mejor pudridero para ella que la tierra bendecida de la mansión de los muertos? Por horror inexplicable a ese recinto de la paz y del silencio, quiere V. ser enterrado en campo abierto «donde se oyera la vida humana» y pudiera V. seguir mirando al cielo... Ignoro si las leyes vigentes que de eso tratan le permitirían realizar aquel tan extraño deseo; pero aunque se lo permitieran ¿de qué le serviría el privilegio? ¿de qué el que desde su tumba se oyeran los ru-

mores de los vivos y se columbraran más o menos varas de cielo, si sus oídos y sus ojos, y su corazón, y su inteligencia, todo, en fin, había muerto ya en V?

En la imposibilidad de responder categóricamente a sus preguntas me he permitido dejar que se deslicen de mi pluma, entre otras mil que se agolpan a sus puntos, estas sencillas reflexiones por si pueden contribuir algo a curarle de la rara obsesión que, según me dice, le atormenta mucho, esperando, como espero, que tan pronto como en V. se sobreponga la disciplina del entendimiento a las desmandadas fantasías del poeta, ha de pensar en tan delicada materia lo mismo que su afmo. amigo y compañero,

*J. M. de Pereda.*

\* \* \*

La admiración que Salvador Rueda sentía por Menéndez Pelayo rayaba casi en idolatría, y sin el casi ni atenuación de ninguna clase estamparíamos la frase si no tuviéramos en cuenta que se trata de un hombre que siempre hablaba y escribía en poeta, y en poeta andaluz por añadidura, es decir, con una fantasía incapaz ya de todo freno.

A Rueda no le basta con «ser quizás el español más entusiasta» de Menéndez Pelayo, con «estar desatinado de contento con su naciente amistad», sino que el autor de *La Ciencia Española* «le hace el mismo efecto que suele hacer todo lo grande (una pirámide, el mar), y siente miedo a su talento», y cuando piensa en este talento y quiere cantarlo idea un soneto, y «escribe en una cuartilla como título: *La cabeza de Menéndez Pelayo*», y en ella, «había ideado describir una pirámide formada con todos los cráneos célebres del siglo, poniendo el de V. (se refiere al de Menéndez Pelayo naturalmente) como *campanile* de esa torre intelectual».

¡Qué bien nos revelan estas cartas del autor de «*Trompetas de Organo*», de las que entresacamos las frases transcritas, su exaltado temperamento artístico, la opulencia de su imaginación meridional! El fué poeta en todo momento, siempre poeta, y voluntariamente no más que poeta, como dijo de él Rubén Darío.

«*Joven homérica, un día su tierra  
viole que alzaba soberbio estandarte,  
gran capitán de la lírica guerra,  
regio cruzado del reino del arte.*»

En los estantes de la Biblioteca de Menéndez Pelayo están gran parte de las obras de Salvador Rueda, casi todas las que aparecieron hasta el año 1912, en que murió el gran maestro de la crítica contemporánea, y las dedicatorias de estos libros rebosan admiración sin límites: «Al maestro de todos». «Al maravilloso cerebro de Menéndez Pelayo». «Al gran Menéndez Pelayo en quien se ve honrada la humanidad». «Al prodigioso artista». «Al gran maestro de la fuerza intelectual». «Al prodigio, dice superándose ya así mismo en la dedicatoria de «El Gusano de Luz», a la maravilla de talento llamada Marcelino Menéndez y Pelayo, le envía este poco de sabor y olor de su tierra su apasionado amigo e idólatra, Salvador Rueda».

No resistimos la tentación de transcribir algunos párrafos de la carta en que Salvador Rueda expresa a Menéndez Pelayo sus deseos de ser trasladado del Museo de Reproducciones Artística a la Biblioteca Nacional por poderse llamar su subordinado.

«Venerado D. Marcelino: Al no recibir en estos días dos estimados renglones de V. me pasa por el corazón la idea de que quizás la forma en que he escrito a V., un tanto literaria, si bien llena de inmenso amor y la ciega admiración que le tengo, haya podido no ser de su completo agrado; y esa ligera sospecha en mí me somete a una angustia mortal. La costumbre de expresar mis pobres ideas durante toda mi vida con alguna tendencia a lo literario, ha hecho escribir mi carta en forma, mitad de himno, mitad de súplica. Pero ¿cómo se le escribe a un dios, que yo no lo sé?

Aún me parecía poco, porque yo hubiera querido arrojar sobre el papel estrellas, en vez de palabras, pues sólo con una tipografía así merecía escribirse el nombre de V.; pero si hay que ceñirse a lenguaje más humilde, le diré que es muy natural en mí el deseo de estar en un establecimiento que V. dirige, como es la Biblioteca Nacional; lo que hay que aprender de V., de nadie más puede aprenderse, y por esto, y por ver de cerca a quien me inspira tal emoción de asombro, y porque llegue a mí aunque no sea más que un reflejo del cariño de V., es por lo que tengo la ambición disculpable de llamarme subordinado del primer cerebro humano de mi época.»

.....  
¡Pobre Salvador Rueda! Ha muerto allá en su tierra malagueña,



viejo y ciego, él que tal vez hubiera deseado morir embriagado de luz, de aire aromado de olor de tierra y flores, sintiendo explotar su corazón con la fuerza de un deseo.

«Que la Luz Eterna brille para él.»

### **Maura, Menéndez Pelayo y Pereda.**

Al inaugurarse la estatua de Pereda, obra de Coullaut y Valera, en los jardines del Paseo del Muelle, que hoy lleva el nombre del gran novelista, Menéndez Pelayo, ostentando en aquel acto la representación regia, leyó un magnífico discurso, verdadera pieza oratoria, modelo de antología, compendio maravilloso de crítica, síntesis de su pensar y sentir y de cuanto había escrito sobre aquel «inmortal amigo, parte grande de su alma, amigo de los de su sangre antes que él naciese». La concisión, la elegancia, el genio grandioso de Menéndez Pelayo brilla en aquellos inspiradísimos y poéticos párrafos. Nada mejor se ha escrito ni es fácil que se escriba sobre Pereda.

Don Antonio Maura, admirador fervoroso del talento del gran polígrafo, reciente aún la honda emoción que la lectura del soberbio discurso le produce, escribe a su autor la siguiente carta:

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Querido amigo: Darle a V. plácemes y mostrar admiración por sus obras, me resulta casi ilícito; porque había de ser incesantemente, y de este otro modo quedan disminuidos al paracer con el aplauso expreso tantos otros, fervientes, que no tuvieron expansión; pero su Discurso en la inauguración del Monumento Santanderino es algo más que fruto de su entendimiento, y en los afectos que alientan entre ideas tan sanas, tan sobrias, tan macizas, tan aplomadas, me hallo partícipe como montañés de ocasión, pero amantísimo de aquella Tierruca.

Acepte V. el apretón de manos que prefiriera darle en persona su amigo entusiasta

*A. Maura*

Madrid 4 de Febrero de 1911.

Algo más que fruto de su entendimiento fué, en efecto, aquel discurso; y Maura, hombre de gran corazón, notó en seguida el latido fuerte del de Menéndez Pelayo, al componer aquellos párrafos que tan de dentro del alma le salían.

El 23 de agosto de 1923 vino D. Antonio Maura a Santander, como Presidente y representante de la Academia de la Lengua; a la solemnísimas inauguración de esta Biblioteca de Menéndez Pelayo. El ilustre político vuelve a expresar su entusiasmo fervoroso por el eminente polígrafo, a quien se levantaba el mejor monumento y más adecuado, al mismo tiempo, a su sabiduría y a su humildad, el estuche digno de guardar la joya tan preciada de su biblioteca, como escribió Artigas.

Don Antonio, en sus palabras, parece aún poseído de la misma emoción que sintió al leer el grandioso discurso pronunciado por Menéndez Pelayo en la inauguración de la estatua de Pereda:

«No hay jaspes, ni pórfidos, ni bronces, ni alegorías, ni suntuosidades que basten para despertar emoción comparable con la que nos embarga al visitar ese aposentillo tan austeramente alhajado, donde sabemos de cierto que se operó la encarnación de obras portentosas; emoción que apaga la voz en nuestra garganta cual si esperásemos sorprender todavía el aleteo tenue del espíritu excelso que allí tuvo su nido y morada. La desnudez misma del recinto, del cual se alzaron constelaciones luminosas al firmamento espiritual, nos aproxima a considerar la enigmática potencia creadora del alma humana, atributo que atestigua su alcurnia divina.»

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES.

---